

Francisco Ayala

Los intelectuales y la política

EL CASO DE TOMAS MANN

(Especial para Atenea)



ON ocasión de un debate público sostenido no hace mucho en el Club Universitario de la ciudad de Santa Fe (República Argentina), y en el que me tocó a mí actuar como ponente, quiso alguien oponer a mi tesis de que los intelectuales en cuanto tales no deben invadir la política práctica, si bien pueden y deben intervenir en ella en su calidad de hombres y ciudadanos, algunas frases y, sobre todo, la actitud misma del gran novelista germano Thomas Mann, autor del conocido alegato que en nuestro idioma lleva el título de «El triunfo final de la Democracia».

Hube de argüir por mi parte que, precisamente, el caso de Mann servía mejor que ningún otro como ejemplo e ilustración de mi tesis; y como el tema ha acreditado desde hace tiempo y ha agudizado en los últimos años su interés del público general, entiendo que no ha de parecer inoportuno desarrollar aquí, siquiera

sea en proporciones moderadas, la comprobación de ese ejemplo.

En efecto, el autor de la «La montaña mágica» viene mostrando de manera admirable la fuerza de alma suficiente para continuar su creación poética en el mismo plano espiritual y con la misma altura de preocupaciones que antes de la gran catástrofe de que él mismo ha sido tan ilustre víctima; y ello sin perjuicio de haber contrapuesto—mediante el aludido escrito de polémica y mediante otros diversos actos políticos—su repulsa humana a las denigrantes condiciones en que se encuentra el mundo, y haber establecido de forma tajante, incontrovertible, sin ambigüedad ninguna, ni en las palabras ni en la conducta, su disidencia irreconciliable respecto del orden político que impera en su país.

No creo que, en principio, pueda haber duda acerca de la pulcritud de esa separación de esferas. Lo grave del problema reside tal vez en la posibilidad psíquica de un tal deslinde de campos. ¿Hasta qué punto le es dado a nadie prescindir de las realidades inmediatas, ambientales, cuando estas son tan apremiantes, tan dolorosas, y cuando afectan con tan cruel rigor a la existencia misma del hombre cuyo espíritu tiende, sin embargo, por la fuerza misma de su vocación, hacia un orden muy otro, más distante y sutil, de realidades; hacia un orden de realidades relativamente intemporal?

Resulta evidente que el mayor esfuerzo; como también la mayor eficacia de la obra de un escritor de imaginación están vinculados a su efectiva capacidad para prescindir de circunstancias como las que, con signo negativo para el espíritu, asolan hoy el mundo. Y entiéndase bien que no aludo tan solo a la eficacia puramente literaria o estética de su producción, sino también a su eficacia práctica, a su poder de reacción sobre esas mismas circunstancias penosas de que se subtrae. Pues, en tratándose de una figura que ha alcanzado a valer como exponente de la cultura nacional a que pertenece, y que en tal concepto disfruta de esa rara y delicada especie de preeminencia que, en contraste cualitativo con el poder, llamamos *autoridad*, es claro que su actitud desdeñosa y prescindente hace más contra un régimen que cualquier suerte de alegatos. Porque el alegato puede sonar, y sonará sin duda, a reacción humana, interesada, y por interesada beligerante, contra aquello que humanamente ha sido nocivo para el individuo concreto, su situación en la sociedad, o cuando menos su mundo de afectos vitales, reacción legítima, y hasta obligada, por otra parte, siempre que no trate de apoyarse en la autoridad personal, y sí tan sólo en principios universales de razón, de justicia y de humanidad. Pero el silencio, la omisión altiva de tales cuestiones en el cuerpo de la obra de creación artística va más allá: desvaloriza y niega contenido espiritual a esos factores de la realidad, indicando que merecen ser expulsados de los ámbitos su-

periores de la cultura. Resurge ahora la pregunta: ¿hasta qué punto es posible prescindir de lo que envuelve, apremia y obsede a la vida misma del creador literario?

Así vemos como el autor de «El triunfo final de la Democracia» se entrega luego, en su «Carlota en Weimar», a una reconstrucción y recreación del mundo de Goethe, condensando los rasgos de la cultura alemana de principios del siglo XIX en páginas de insuperable desprendimiento y de una ironía olímpica. Pero, no obstante, desde la plataforma histórica del segundo decenio de la pasada centuria, el escritor habla a su propia época, y la amonesta, y la previene, y la condena. Thomas Mann, exilado de la Alemania hitleriana, la juzga y la emplaza desde la Alemania goethiana, revistiéndose y acreciendo su voz y su autoridad personal con toda la autoridad que le confiere el fungir como eco de la gran tradición de su pueblo.

Pero aun esta indirecta y sublimada implicación política falta en su posterior novela, *Die vertauschten Köpfe*, que acaba de aparecer traducida a nuestra lengua bajo el título de «Las cabezas trocadas». Se trata de una fábula de escasa extensión, ágil, tensa y llena de singular encanto, bajo cuya gracia se esconde—y nunca mejor aplicada esta palabra—no sólo el trabajo concienzudo de preparación y estudio que jamás falta en las producciones de este alemán representativo, sino también una profunda inquisición metafísica que, partiendo del fenómeno de la seducción erótica y sexual, se eleva hasta la aprehensión esencial

de los seres y hasta la perspectiva de su fusión última en el seno informe de la Naturaleza. Pero tan hondas raíces no imponen a la narración ninguna adustez formal, ni restan nada a su alegre agilidad, a ese juego de humor que impregna todo el escrito y presta su tinte retozón hasta a los detalles del estilo, que se nos muestra en un divertido tornasol, desde el arcaísmo de sugestión oriental—levemente insinuado, por lo demás—hasta los giros de deliberada vulgaridad que el estilista extrae del habla corriente en las ciudades modernas.

Hay, pues, en este libro, como en todas las obras de efectivo calado literario, varios estratos, en que pueden hallar solaz los diferentes temperamentos de lectores; y bajo todos ellos, uno último y más profundo, para el que lo anecdótico, la armazón concreta de la fábula, carece de otra significación que no sea la puramente instrumental. (Y en efecto, el propio autor nos ha suministrado el testimonio de que su «leyenda india» hubiera podido tener otra factura distinta, y de que en un comienzo la concibió él de otra manera). Esa última capa o estrato espiritual de la obra apunta, por cierto, hacia lo inmutable y universal. Nada importa que los hechos relatados se desenvuelvan de ésta o de la otra manera. Las circunstancias de lugar y tiempo carecen ahí de toda importancia, y precisamente con vista de ello ha prestado Thomas Mann a su historia un ambiente que para nosotros, los occidentales, se encuentra relativamente fuera del tiempo y del

espacio, y se presta a la concreción simbolizadora, por hallarse alejado de la órbita de nuestra inmediata experiencia, cual es el ambiente de la cultura hindú. Esa humanidad distinta de la nuestra es, por ello, la Humanidad, mero soporte de lo esencial y universal, desprovisto de particularizaciones—pues hasta la particularización actúa en este libro como universalizada y abstraída, prendida a las sólidas diferencias de las castas . . .

Y ante la impavidez de un artista que—desterrado político, demócrata activo y militante—tiene, sin embargo, la bastante energía espiritual para prescindir en su obra de los tremendos avatares del mundo en que vive y en que está incluido su propio destino personal, entregándose a una contemplación serena de lo universal y eterno, podrá tal vez hablar de egotismo, de indiferencia, de «torre de marfil» y de semejantes majaderías quien padezca de miopía mental; pero quien sea capaz de alcanzar intelectualmente más allá de los primeros planos, admirará, en cambio, el heroísmo del alma de que eso es cabal muestra, y sabrá recoger la muda lección que tal actitud encierra para un mundo como el nuestro, tan entregado a lo que perece, tan olvidado de lo que perdura.